

ralmente, la heredera única de Loredano y de Cipriana, su hermana primogénita.

No se había puesto á madama Gosse al corriente de esta profunda combinacion; creíase ella meramente mezclada en uno de esos dramas de amor..., de adulterio, digamos la palabra, demasiado comunes, por desgracia, en las grandes ciudades.

No era una mala mujer madama Gosse, pero su probidad tampoco era suficientemente enérgica para rechazar una ganancia adquirida con tanta facilidad. Además era mujer y partera. Las parteras de nuestro tiempo son las herederas directas de las Lisetas y de las Dorinas, y siempre toman gustosamente el partido de los Valerios contra los Arnolfos.

En suma, ¿qué mal había hecho criando á Liliás, y recibiendo las visitas clandestinas de su madre? Ninguno, en verdad. Había salvado á una pobre criaturita destinada tal vez al hospicio de los niños expósitos, ó quizás á alguna otra suerte mas horrible; había consolado á una pobre mujer desesperada, y lo que era mejor aun, había ganado muy buenas rentitas en este caritativo tráfico.

Es muy cierto que estas rentas, retribucion algo exagerada, hubieran debido hacer reflexionar á madama Gosse; debiera haberse dicho que gentes que pagaban tan generosamente, pedirían sin duda un dia mucho.

Pero madama Gosse era pobre, y le gustaban los limoncitos en conserva y el perfecto amor. ¿Cómo había de hacer para no sucumbir á seducciones tan numerosas?

Luego, en verdad, M. Gigant era tan bonachon, tan franco, tan cordial, que era imposible desconfiar de sus consejos ó resistir á sus demandas.

Hoy no se trataba de Liliás, sino de Ursula.

El buen M. Gigant no se cansaba jamás cuando se trataba de hacer bien.

Ursula, decia, estaba amenazada de un gran peligro del cual había querido librarla colocándola bajo la guarda de la buena madama Gosse. Venia pues á prevenir á dicha señora que no se mostrase asombrada si al dia siguiente no veía á Ursula. Hasta seria bueno que ella misma hiciera correr el rumor de una ausencia. Por ejemplo, Ursula podía haber tenido la idea de ir á ver de nuevo á las buenas religiosas que la habían educado. M. Gigant descansaba enteramente en el tacto y la inteligencia de madama Gosse, para encontrar á la desaparicion de la jóven la explicacion que le pareciese mas plausible.

Pero esta vez madama Gosse experimentaba alguna repugnancia en someterse á las exigencias de M. Gigant. El peligro mal definido con que se amenazaba á Ursula no bastaba para convencerla. Aun no teniendo ningun derecho sobre su pupila por casualidad, la costumbre la había ligado á esa pobre niña cuya tutela había aceptado, no pensando que se la volverían á quitar tan pronto. Ciertamente, tenia gran confianza en M. Gigant, tanta mayor confianza que su interés mismo la inducia á aceptar como dinero contante las explicaciones que no le debía y consentía en darle. Sin embargo, en el fondo de su alma, débil quizás, pero buena,

una duda se elevaba en medio de tantos misterios acumulados á su antojo.

Se rebelaba, queria saber y no obrar como instrumento ciego.

Una vez, la primera, M. Gigant había venido á buscarla y le había dicho:

— Se trata de educar ocultamente á la niña de una señora del gran mundo á quien perdería una indiscrecion. Se tiene confianza en vcs. En esta educacion ganareis un bienestar, y hareis á una familia poderosa uno de esos servicios que no se olvidan nunca.

Y ella había aceptado.

Cuando volvió la segunda vez, le había dicho:

— ¿Quereis servir de madre, de protectora á una miserable niña abandonada, considerarla como vuestra hija propia, responder ante mí de ella, como yo por mi parte ante su familia?

Y también esta vez había dicho sí.

Es que en suma sabia á lo que se comprometía, y que en este empeño no había ninguna cláusula que repugnaba á su probidad. Pero ¿qué venia á pedirla M. Gigant, ahora que conocía á Ursula, que se había aficionado á esa querida y dulce jóven? Venia á pedirla que diese su apoyo á un rapto cuya naturaleza y objeto ignoraba; luego él no tenia ningun derecho sobre Ursula, puesto que se veía obligado á un rapto para volverla á tomar, y entonces, ¿qué quería hacer de ella?

Nada bueno, ciertamente. Madama Gosse estaba muy obligada á confesarlo calladito á sí misma.

Las rentitas, la mescolanza del rosolí y lo restante tenían sin duda muchos atractivos; pero hacer traicion á una pobre criatura que no tiene en el mundo mas apoyo que el de uno, eso es muy duro.

M. Gigant se roía las uñas de impaciencia. No tenia mas que algunas horas delante de sí, y desesperaba de poder vencer la obstinacion de madama Gosse.

Esta tenia un poco de miedo de los ojazos de M. Gigant; pero recobraba prontamente su valor recurriendo frecuentemente al auxilio de sus numerosos cordiales, yendo alternativamente del rosolí á la crema de menta, y del licor de nuez al anisete.

— Veamos, mi buena madama Gosse.

— No, no y no, mi querido señor, basta ya de misterios. — En primer lugar, todos esos gatuperios desagradan á Gosse. — Me decia todavía ayer, el querido hombre: — «Mira, *bebella* (es un nombre amistoso que me da), basta de misterio, no quiero mas misterios.»

— Pero os aseguro, madama Gosse, que no hay ningun misterio en todo eso. — Despues de todo, ¿quién os ha confiado á Ursula?

— ¡Vos, mi querido señor del buen Dios! — ¡Oh! no voy en contra. — Pero, considerad, la chiquita se complace con nosotros. Gosse se ha aficionado á ella, y me dejaría cortar la mano antes que permitir le suceda el menor mal. — Pues bien, no es porque yo desconfie de vos, ¡oh! ¡Dios mio! no; ese rapto en la noche, sin que se sepa el por qué, eso es am-

biguo, muy ambiguo. ¿Y qué quereis que yo responda cuando su patrona venga mañana á reclamarla? ¿Que está con su familia? — En primer lugar, la chiquita no ha dejado de charlar, y se sabe bien que no tiene sino á nosotros en el mundo. — No, no, os digo que es imposible.

— Preciso es, sin embargo, que eso sea, exclamó M. Gigant. Vamos á ver, madama Gosse, — y volvió á sentarse cerca de ella: — tengo otra proposicion que haceros. — Os habeis aficionado los dos á Ursula, comprendo eso; es tan dulce y tan linda, esa chica, que yo mismo, sin haberla visto apenas, me siento lleno de afecto hácia ella. Todos la amamos, pardiez.

Eso no deja lugar á la menor duda. Pues bien, ¿qué diriais de algunos dias pasados en una casa de campo con ella, en las cercanías de París? Algunos dias, hé ahí todo lo que es menester. Estais segura que con vos no le sucedería desgracia alguna, ¿no es verdad? Sed razonable, ¿puedo deciros ya nada mejor? Una desaparicion de algunos dias hace desaparecer el peligro que la amenaza, peligro cuya naturaleza no puedo de ningun modo revelaros.

— ¡Oh! sin duda, dijo madama Gosse medio vencida. Pero ¿creéis que consienta ella en marcharse sin explicacion?

— ¡Eh! justamente, exclamó M. Gigant, hé ahí por qué hago hacer el rapto. Ella charlaría, iría á despedirse de sus compañeras de taller, ¿qué sé yo? Así podría encontrarse su huella, y todo se perdería, ¿entendeis? — Que vos desaparezcáis con ella, no veo ningun inconveniente en ello, pero es indispensable absolutamente que mañana no se la encuentre aquí, y que ninguno pueda decir lo que ha sido de ella.

— Pues bien, exclamó madama Gosse, sacando del fondo de una buena copa una fuerte resolucion, hareis hacer el rapto de las dos, ó no habrá rapto de nadie, tal es mi última palabra.

— Y lo último es lo bueno, repuso M. Gigant. De hecho, todo está mejor así; sabeis demasiado para que una indiscrecion por vuestra parte no sea peligrosa. Os habrían quizás sonsacado las cosas, mientras que M. Gosse no podrá decir nada.

— ¡Pardiez! el buen hombre, puesto que no sabe nada.

## IV

## LA PIPPIONE Y MISTIGRIS.

Son las nueve de la noche próximamente. La Pippione está durmiendo en su camita.

Nada mas triste que el zaquizami en donde viven hace largas semanas estos dos seres: la Pippione y Chinela. Una mesa de madera negra manchada de grasa y de cabos de

velas de sebo, una percha en la que están colgados algunos vestidos abigarrados; en un rincon, los montantes desunidos de la barraca del señor Polichinela; en otro, el mismo señor Polichinela acostado fraternalmente al lado de su enemigo el comisario y de su desgraciada mitad. Hé ahí todos los muebles de la vivienda.

Nada de lumbre; el aire exterior no llega á la sórdida bohardilla sino por una sola ventana abierta en el extremo de una especie de pasadizo que corta en dos el plano inclinado del tejado. Durante el dia, esta ventana no deja ver mas que el cielo; á esta hora no deja penetrar mas que el frio.

La Pippione duerme un sueño penosamente agitado por la fiebre. Su respiracion ronca levanta con dislaceraciones los huesos de su débil pecho. Duerme, y nadie vela su sueño, excepto Mistigris, el pobre gato negro.

El pobre gato martir, el gato del comisario, victima eterna y resignada del garrote de Polichinela, como la Pippione es la resignada y eterna victima de su *padrone*.

Así es que, entre estos tristes seres, el gato y la niña, ha nacido una grande amistad, y durante los largos y monótonos dias, cuando Chinela está no se sabe dónde, y la linda Ursula en el taller, acurrucado sobre sus cuatro patas, con sus ojos grandes abiertos y fijos en los menores movimientos de los cobertores, el miserable animal vela el sueño de la Pippione.

¡Pobre Mistigris! ¡pobre Pippione!

Esta se ha meneado bajo sus delgados cobertores, ha encogido sus miembros débiles para concentrar en ellos el calor; un golpe de tos aguda como un suspiro desgarró su garganta; abre los ojos, y, en frente de ella, ve relucir, abiertos, los ojos amarillos de Mistigris.

— ¡Mistigris! ven aquí, Mistigris.

Y estirándose sobre sus largas patas, encorvando el lomo, modulando su runrun acariciador, Mistigris salta sobre la cama y viene á rozarse con su amita.

¡Pobre Pippione! ¡pobre Mistigris!

Los dos se comprenden. ¡Ah! esas intensas, esas tristes miradas, cuántas veces las han cruzado en el viento, bajo la nieve, mientras que la Pippione tendía en balde en la punta de sus dedos el platillo de estaño; mientras que el gato, en uno de esos ensueños profundos que hacen los animales algunas veces, no podía comprimir un maullido de dolor bajo el palo de Polichinela.

Y los pilluelos se reían entonces... de la Pippione y de sus actitudes friolentas; de Mistigris y de sus saltos extraviados.

¡Pobre Mistigris! ¡pobre Pippione!

— ¡Mistigris! ven aquí, Mistigris.

Juegan los dos, el animal y la niña. El gato da á través de los cobertores brinco alegres que acompañan las alegres carcajadas de la chiquita, interrumpidas, ¡ay! muy á menudo por la obstinada tos. ¡Salta, Mistigris! salta aquí, salta allá; y Mistigris salta y la Pippione se rie; triste risa, rajada y convulsiva, que termina siempre con un quejido.

¡Ah! ¡pobre Pippione! ¡pobre Mistigris!

En esta hora tiritaba, tiembla, ya tiene la calentura. Estrecha contra su pecho al inteligente animal, que permanece inmóvil para darle nuevo calor. Le habla muy bajo: ¿qué le dice?

— ¿Recuerdas nuestro buen tiempo y esos lindos países donde hacía calor y esas aldeas donde las gentes eran tan buenas? Entonces te aplaudían cuando hacías monadas, las buenas mujeres te pasaban la mano por el lomo y los chiquillos te daban su galleta. Los señores ancianos, con sus batas verdes, me acariciaban la cara y exclamaban: ¡Qué linda es! Las señoras buenas me besaban en la frente y me deslizaban en la mano la pieza blanca. — ¡Ah! qué buenas gentes y qué buen tiempo, mi pobre Mistigris.

Y Mistigris, como si comprendiese, rozándose contra los brazos de la Pippione, con su más dulce runrun, parecía responder:

— ¡Ah! ¡qué buen tiempo!

— En aquel tiempo, continuó la Pippione, el padre Chinela no era malo. Todas las buenas tajadas eran para mí y para ti también, á quien yo reservaba una parte.

Por la noche, al lado del fuego de la posada, te enseñaba mil piruetas más lindas que las otras, y la posadera, maravillada de tu destreza, te conservaba siempre el fondo de tu escudilla; luego, durante el día, ¿te acuerdas? yo en la delantera del carricoche, tú en mis rodillas, veíamos desfilarse á nuestros lados los setos cubiertos de flores, los bosques llenos de pájaros y pequeñas flores que embalsamaban la respiración. Todo el mundo nos conocía en el camino, nuestra fama nos precedía de feria en feria. — Mira, he ahí el carricoche del padre Chinela; mira, ahí está la pequeña Pippione; mira allá Mistigris, el gato de Polichinela, y todo el mundo se reía y festejaba. ¡Ah! ¡qué buen tiempo! ¡Ah! ¡tiempo feliz!

Y Mistigris continuaba su runrun melancólicamente.

— ¡Ah! ¡tiempo dichoso! ¡ah! ¡qué buen tiempo!

— Aquí, continúa la Pippione, hace frío y la gente es mala. No hay buena leche blanca donde empapar tus largas barbas; un pan negro que sabe á avellana; nada de bellas praderas floridas ni setos blancos de espina-albar. ¡Oh! las tristes, las largas calles todas negras. El *padrone* es como los otros, se va haciendo malo. Hasta Polichinela mismo, en otro tiempo tan parlanchín, tan buen muchacho, cuyo carácter ha cambiado. Nos hacía reír mucho, ¿te acuerdas? Te permitía jugar con su palo, y no se enfadaba más que por la forma cuando tus uñas arañaban la punta de su nariz rubicunda. Ahora está colérico, y tú tienes miedo, y, en lugar de chancar, trata siempre de hacerte daño. ¡Ah! ruín país, ruín país, ¡mi pobre Mistigris!

Y, maullando lastimosamente, Mistigris parece decir también:

— ¡Ruín país!

— Escucha, Mistigris, decía aun la Pippione, bajando misteriosamente la voz, escucha el bello ensueño que he tenido esta noche. He soñado que era rica, rica, y que estaba acostada en una gran cama toda de seda, y que en los cobertores, en el cielo-raso, por todas partes, había de esos

lindos juguetes como se ven en las vidrieras de los mercaderes, y tú también, pobrecito mío, estabas allí, cerca de mí, con tus pelos muy lustrosos, un collar rojo en tu cuello, y te tomaba en mis brazos, así, y te mecía, y nos dormíamos los dos, y yo era muy dichosa, muy dichosa.

Había cogido al gato entre sus pobres manecillas descarnadas, y el pobre animal se dejaba hacer, ocultando sus garras por temor de herirla, y con su gruesa y áspera lengua lamía los hombros y las manecitas de la Pippione.

¡Oh! es que se amaban mucho la Pippione y Mistigris. Solos todo el día en aquella bohardilla desolada y fría, donde jamás había penetrado un rayo de alegría ó de sol, ella no había tenido largo tiempo á quien amar sino á ese pobre animal grotesco y vergonzoso. Había sido á la vez su solo juguete, su solo amigo, el único confidente de sus dolores ó de su hambre. A él se quejaba de los malos tratamientos de Chinela, y él solo, con el lomo magullado por el garrote, la oreja ensangrentada, cojo á consecuencia de un nuevo ejercicio mal ensayado, venía desde luego á la Pippione, pareciendo quejarse de sus heridas, que ella sola curaba.

Ahora la Pippione se había dormido, y Mistigris, con los ojos casi cerrados, permanece quieto arrimado á su pobre cuerpecito desdichado.

Pero, en esto, una voz fresca resuena en la escalera, el ruido de un vestido que roza el tramo, un paso ligero se desliza retumbando en las gradas, la puerta se abre, es Ursula!... con un escalfador en una mano y una buena taza de leche hirviendo en la otra...

— Cric, crac, un fósforo raspa la pared, y aparece una vela encendida.

— Y bien, querida mía... ¿cómo habeis pasado el día? — Bebed esta leche, á sorbitos. — ¿La encontráis buena? — ¿Teneis bastante? lo restante será para Mistigris.

— ¡Brrr!... qué frío hace aquí; esperad, que vuelva á encender el fuego.

Y, á la vez que charlaba así, Ursula va y viene, arregla el cuarto, mientras que, con las manos juntas, la Pippione la sigue con la vista como una celeste aparición, y Mistigris, saltando de un lado á otro, arquea su lomo y da vueltas zumbando como un trompon de Alemania, y frotándose con las enaguas de la linda hermana de caridad.

Y este cuarto, poco há tan oscuro, resplandece, — esta bohardilla tan triste parece á los ojos maravillados de la Pippione una mansión celestial. — ¡Ah! es que los ángeles llevan por do quiera con ellos alguna cosa como un reflejo de su inmortalidad, y que á esta bohardilla acaba de descender del cielo un ángel.

¡La caridad!

¡Ay! este encanto, esta fiesta, esta alegría duraron poco. Ursula vió á la pobre Pippione ponerse enteramente pálida; los ojos espantados de la niña se dirigieron hácia la puerta, como atraídos por un imán invencible, y, dejándose caer en los brazos de la joven obrera:

— ¡Ahí está! murmuró.

Mistigris había comprendido también sin duda que se acercaba el mismo peligro, pues su runrun había cesado de



La bohardilla de la Pippione.

repente, y erizando su pelo, con los ojos encendidos, se había agazapado debajo de la cama.

Un paso torpe y vacilante hacia temblar las gradas de la escalera y tropezaba contra el tramo; era el amo de la morada, el señor Chinela que venía.

— Está achispado, murmuró la Pippione tiritando en todos sus miembros; me va á pegar.

— Vamos, vamos, dijo la dulce voz de Ursula, no tembleis tanto, no os pegará, os lo prometo. No me separaré de vuestro lado mientras él esté aquí.

Ya Chinela estaba en el umbral de la puerta; la Pippione no tuvo valor para dar gracias á Ursula, pero había cogido entre sus dos manos unidas la de la joven y la miraba, ¡oh! con qué indecible agradecimiento.

Chinela entró. No estaba solo; un señor con levita azul y botanadura de oro, pantalón pardo y un bastoncillo en la mano, le acompañaba.

Nuestro antiguo conocido, el doctor Toinon.

— ¿Es esta la enferma? preguntó con su voz flautada y la más seductora de las sonrisas.

— Sí, respondió sordamente el señor Chinela.

Y, sin añadir una palabra, se sentó en el borde de la mesa que estuvo á punto de hacer caer bajo su peso.

Estaba atrozmente borracho, había bebido para cobrar ánimo.

— ¡Bueno! ¡bueno! dijo el doctor, vamos á ver eso.

Y fué hácia la cama, cerca de la cual permanecía Ursula, asombrada de ver esta fisonomía nueva.

— El doctor Ozam, dijo como para entrar en materia, no puede venir esta noche ni mañana, y me envía en su lugar.

Esta explicación era muy natural, y Ursula se apartó inclinando suavemente la cabeza.

Entonces comenzó algo lamentable.

El doctor hizo poner á descubierto aquel miserable cuerpo adelgazado por la tisis, y se vió el débil pecho ahondado por la miseria, trasparente como viejo marfil, temblar al contacto del aire glacial.

El doctor Toinon era, al cabo y al fin, un hombre de ciencia y no insensible. Pudo apreciar la gravedad del mal. Venido para dar una falsa consulta, se encontraba que no tenía sino que dar una, por desgracia, demasiado verdadera.

Terminó su auscultación sin pronunciar una sola palabra; solamente, de tiempo en tiempo, sacudía la cabeza con aire desalentado.

Chinela, que al principio parecía tomaba cierto interés en el examen del doctor, concluyó por dejar caer su barba sobre el pecho, y, aunque de pie, se quedó dormido.

En fin, el doctor hizo volver á cubrir á la Pippione, asegurando — ¡con qué tono! — con ese tono ligero y festivo habitual en los médicos en los casos desesperados — que no sería nada, absolutamente nada.

Luego habló con Ursula aparte en un rincón del cuarto.

— ¿Sois vois la enfermera? preguntó.

— No, respondió Ursula, estas pobres gentes no tienen enfermera, señor doctor; pero si una enfermera es necesaria, yo serviré á la enferma.

— ¡Es indispensable! replicó vivamente el doctor Toinon, y desde mañana nosotros cuidaremos de proporcionar una á esa pobre chiquita. Pero esta noche...

— Esta noche, respondió ingenuamente Ursula, yo velaré.

Entonces el doctor entró en detalles minuciosos de los cuidados que se han de dar. Será menester que beba cada hora una cucharada de tal jarabe, — hacer esto, aquello, lo otro.

Y, con aire atento y serio, Ursula meneaba la cabeza, grabando en su memoria cada una de las prescripciones del médico.

— ¡Vamos! ¡vamos! dijo el doctor Toinon, cuando hubo terminado sus recomendaciones, tenéis el corazón lleno de buena voluntad, y por esta noche todo irá bien. Ahora voy á visitar otros enfermos. No os ocupéis del boticario, yo le veré al bajar y haré subir todo lo que es necesario.

— No quisiera dejarla, dijo Ursula bajando los ojos, ni siquiera un minuto, y si tuvierais la bondad... de prevenir abajo...

— ¿A vuestros parientes?... sin duda, mi querida jóven, sin duda... Y es menester encender un buen fuego en esta estufa, ¿entendéis? Voy á enviaros leña; pasar una noche en blanco es cosa dura cuando no se tiene costumbre. — Y cenareis, á cosa de media noche. Qué diablo, no es necesario caer enferma por cuidar á los demás. ¿Vuestros parientes se llaman?...

— Gosse, señor doctor. — madama Gosse.

— ¡Bueno, bueno! voy á decir á madama Gosse que os envíe vuestra cena. Hasta la vista, mi enfermerita. ¡Eh! Chinela, viejo borracho, alúmbrame, en lugar de dormir...

Y el afable doctor salió haciendo el más gracioso de sus saludos.

A mucho más llevó la complacencia, con gran confusión de Ursula, pues hasta subió de nuevo él mismo para traer á su « linda enfermerita » el canastillo cubierto que contenía su cena.

En cuanto á Chinela, salió con el doctor, con el pretexto de ir á casa del boticario en busca de los medicamentos necesarios; pero no se le volvió á ver en la velada, y un mozo de la botica tuvo que traerlos.

Una hora despues, el cuartito de la Pippione presentaba

un aspecto tan confortable que causaba placer en verlo, tan cierto es que la presencia de una mujer jóven y linda transforma inmediatamente el aspecto de todos los objetos que la rodean.

Un fuego claro ardía en la estufa, y alegres lenguas de llama venían á lamer la puertecilla entreabierta. La lámpara alumbraba alegremente bajo la pantalla llena de dibujos negros, y en la mesa, cubierta con una servilleta muy blanca, estaba dispuesta la cena frugal de Ursula.

La cama había sido rehecha. La Pippione, bien envuelta, con la cabeza extendida sobre la blancura mate de la almohada, no podía cansarse de bendecir con la mirada á su bueno, su lindo angelito guardián.

Mistigris también, tranquilizado en fin, había sacado de debajo de la cama primero una pata, luego la otra, y, finalmente, de un solo brinco había ido á volver á ocupar, en el cobertor de los pies de la cama, su lugar acostumbrado.

La olla de hierro, tarareando su gorgojo continuo, castañeteaba alegremente con la tapadera como una comadre en día de buen humor. ¡Oh! ¡qué encantador albergue había hecho de este sórdido desván un solo ademán de la dulce hada que tenía por nombre Ursula!

— ¡Ea! dijo vaciando en la cuchara de estaño un poco de la pocion y haciendo lo que ella llamaba sus malos ojos: vais á tomarme esto en seguida, y luego á dormir. Bajadme pronto esos largos párpados ó me enfado. ¡Oh! á mí no me agrada que nadie me desobedezca, y gruñiré de veras, os lo prevengo, si no dormís muy tranquila. Mirad á Mistigris, él no está enfermo y duerme ya como un lirón. Vamos, venid aquí, Mistigris, os convido á cenar conmigo.

— ¡Qué buena sois, señorita Ursula! suspiró la Pippione.

— Sí, sí, lo sé bien. Vais á hacerme cumplidos para que charle aun en lugar de dejaros dormir; pero esta vez no lo conseguireis. Dentro de una hora, al tomar vuestra segunda cucharada, charlaremos un poquito, nada más. Hasta entonces, buenas noches. Vamos, cerrad pronto los ojos ó reñimos.

Y la Pippione cerró los ojos. Pero la socarrona no los cerraba del todo, y con la cabeza recostada sobre la almohada, á través de las largas franjas de las pestañas, miraba, contemplaba y se embebecía, sin jamás poder cansarse, en la dulce sonrisa de Ursula.

Esta, con Mistigris sobre las rodillas, cortaba en pedacitos el pan y la carne de su cena frugal. Era una niña, una niña loca é inocente, Ursula; se divertía con los diferentes visajes del gato y con sus ganas de atrapar algo y con ver su pata tan pronto alargada como tan pronto retirada, y le hacía olfatear el bocado, y se lo retiraba, y se lo ponía sobre el hocico con prohibición formal de dejarlo caer antes de la señal.

Y el animal, bien amaestrado, se prestaba á estos juegos infantiles lo más gravemente del mundo.

— Y ahora, señor Mistigris, que hemos cenado, vamos á beber, si os place.

Echó en el vaso una parte del contenido de la botella que le había traído el doctor Toinon con su cena.

Por fuera, en la meseta, el señor Chinela tenía el ojo clavado en el agujero de la cerraja. Pero esta vez no se le había oído subir la escalera, se había descalzado para no meter ruido.

## V

## LOS DOS COCHES DE ALQUILER.

Las once y media dan en el reloj de la iglesia de San Eustaquio. Un pesado carruaje, tirado por un caballo más vigoroso que suelen por lo regular ser los de los tiros de estas clases de vehículos, se detiene un poco más abajo del café de los Bandidos, en el esquinazo de la calle Rambuteau y del mercado.

La acera está cubierta de gente, los establecimientos públicos relumbrantes de luces, pero la presencia de un coche en semejante sitio es un hecho demasiado común para que fije su atención en ello.

M. Gigant desciende del carruaje y el cochero le sigue. Ambos á dos hablan en voz baja. M. Gigant sin duda le da instrucciones, pues el otro escucha con atención y mueve la cabeza en señal de asentimiento.

Luego el cochero vuelve á su asiento, y M. Gigant da algunos pasos en dirección del café.

No hace, sin embargo, otra cosa más que asomarse á la puerta y dar un vistazo en el interior del establecimiento. Esta inspección le bastó para apereibir, en un rincón de la sala baja, á los esposos Gosse. Madama Gosse también esperaba sin duda esta señal, y ha visto á M. Gigant, pues le responde con una seña de cabeza y la más amable de sus sonrisas.

La buena mujer lleva un traje de viaje, y está envuelta en una espesa escocesa, con un esportillo henchido sobre las rodillas; bebe el trago de adios en compañía del « lobo querido », que se contenta con un vaso de agua azucarada, mientras que su mitad prepara concienzudamente el más confortante de los *gros* con aguardiente.

Entretanto, en la esquina de la calle Rambuteau y de la calle de Saint-Denis, ocurre otra escena. — Una berlina de color oscuro se ha detenido, y el cochero, bajando de su asiento, habla también en voz baja con el viajero que acaba de conducir.

Este, que lleva la blusa de color oscuro del obrero, le designa con el dedo la ventana de una bohardilla algunas casas más abajo, al otro lado de la calle.

— Voy á entrar, dijo, y á vigilar todo; desde el cuarto que yo habito allí arriba, puedo oír todo lo que pasa en casa de los Chinela. Cuando haya llegado el instante, esa ventana se iluminará.

— Entonces, responde el cochero, que no es otro que

Clemente, yo bajaré por la calle al pequeño trote, como está convenido, y gritaré á Jacquemin: « Un coche, mi amo. »

— Luego echarás á andar á gran trote donde sabes.

— Está bien.

— Yo voy á ver si Jacquemin está en su puesto.

José, — pues nuestros lectores le han reconocido sin duda, — dejó á Clemente despues de este rápido diálogo, atravesó la calle, y penetrando en la sombra de las casas, descendió algunos pasos en dirección á los mercados. Al oírle venir, una forma se destacó de la muralla.

— ¿Eres tú, Luis?

— Sí, señor José.

— Bueno: ¡atención! el momento se acerca.

Y José, con ese aire indolente de un inquilino que vuelve á su domicilio despues de una larga jornada de trabajo, entró en la casa silbando un *aria*.

Casi al mismo tiempo, fué seguido en el pasadizo por un hombre tambaleándose bajo el peso de la emoción y de la borrachera, por el señor Chinela.

En el café, M. y madama Gosse se hacían tiernos adioses. La cara señora, cuyas cualidades afectivas había exaltado singularmente el *grog*, no podía arrancarse de su lobo querido, que parecía por su parte muy apesadumbrado de ver marchar á su « bebellita adorada. »

Era el más tierno y el menos indiscreto de los esposos, este buen M. Gosse, y en verdad su mujer hubiera sido ingrata en no adorarle. Jamás una reprimenda, nunca una cuestión, y con tal que su comida estuviese cocida á punto, su cama hecha, su fuego bien encendido y su bolsillo provisto de un par de monedas blancas, jamás le hubiese oído regañar ni mezclarse en lo que no eran sus negocios.

Así, por ejemplo, no se inquietaba nunca de la procedencia de las monedas blancas, ni de la comida, ni de lo que se pagaba al carbonero ó por el alquiler del cuarto. Todos esos menudos baturrillos caseros concernían especialmente á madama Gosse.

Esta noche ella le había dicho sencillamente:

— Es menester que marche por algunos días con Ursula.

Y él le había contestado sencillamente también:

— Eso te concierne á tí, tú sabes mejor que yo lo que tienes que hacer.

Tierna confianza que todos los maridos parisienses deberían imitar... según la opinión de las señoras de París...

Y no es porque las habladoras de las comadres no hubiesen llegado á sus oídos, no porque hubiese dejado de notar sus sonrisas solapadas, sus gestos desdenosos, y los cuchicheos irónicos que tenían cuando le veían pasar.

Sino que el buen M. Gosse se burlaba muy bien de todas esas frustrerías.

Su mujer traía á la casa buenas rentas, y eso bastaba al honrado memorialista. Madama Gosse, en suma, valía más y mejor que todas esas lenguas viperinas, — y además, ¿por qué creer siempre en el mal?

Tanto más que, creyéndolo, hubiera sido preciso el enfadarse, y entonces, adios la buena vivienda, el buen fuego,